

# La cantaleta

Monica Mendoza



## Capítulo 1

Aquel hombre de camisa blanca y corbata morada, tan elegante que acaba de cruzar, fue mi amante mi cómplice, mi amigo, sí, hasta hace tan poco, porque ahora solo somos eso, ex, reverberaciones del ayer. Sentados en la sala de un tribunal, uno frente al otro, mirando fijamente sus ojos, trato de percibir en él algún sentimiento, es entonces que quisiera abrir mi boca y decir tantas cosas que no dije y debí, devolver el tiempo para no decir tantas otras que sí dije y no debí, pero la realidad me hace reaccionar, ya es tarde, el papel ha hablado, firmado y sellado y con la sentencia gesticulada del juez, nuestra unión cancelada ha quedado. Mientras desde la otra sala resuena el bullicio, Jorge sale del tribunal y a mí me cubre la mordaza, ¿No nos dijimos tú y yo ya lo suficiente? Dime la verdad, ¿hubiese sido mejor la mordaza y el silencio desde el principio? ¿A dónde nos hubiera conducido eso? ¿Hubiéramos podido con esa mordaza? ¿Está tan desgastada nuestra posibilidad de comunicación asertiva? Jorge, mi querido Jorge, ¿tan fácil te fue dar la espalda, sin decir si quiera adiós? Salgo del tribunal y voy andando y andando, se extiende una mano pequeña, pidiéndome ayuda y me saca de mis elucubraciones, meto mi mano en el bolsillo de mi buzo y saco unas cuantas monedas, pero ni una sola palabra, porque apenas salí del tribunal hice un voto, un pacto de silencio, entonces amordazo mi alma y cubro mi boca. Porque las palabras ahora están demás, porque hoy solo se vislumbra la tenue ausencia. Lo extraño al andar así, es que me doy cuenta de que, en realidad, todos van cubiertos con una mordaza, los periodistas, que solo dicen lo que sus jefes mandan, bochinches, la mentira disfrazada de eufemismos, o los subalternos, que refunfuñan en voz baja las ordenes que se les dan. Un manto de silencio cómplice cubre el espectro, todo se pierde en teorías conspirativas, pero los periodistas no lo reconocen para evitar los reclamos, la posibilidad de reproches y cantaleta de sus lectores, los subalternos tampoco lo aceptan, para evitar dar así, dar explicaciones y que sus jefes los terminen sermoneando. Ha pasado tiempo desde el día del tribunal y hoy por casualidad, volví a ver a Jorge a lo lejos, robusto, sonriente, casi podría decirse, repuesto, quise acercarme y hablarle, pero la mordaza me lo impidió, porque al verlo con alguien más he quedado sin palabras, palidezco, esta mordaza pesa demasiado. Jorge, llevamos la intolerancia al máximo nivel, ¿no es verdad? Miradas cruzadas, me pareció que intentas acercarte y decirme algo, pero ella vuelve y por otro lado, empieza la cantaleta callejera, "a mil a mil, todo a mil..." gritos van y vienen, la voz se distorsiona y ella con un gesto, "¿nos vamos?" y te veo alejarte rápidamente por aquella esquina. ¡Ay!, la insufrible relación entre aquellas largas cantaletas, los discursos mañaneros que muchos padecen, y la mordaza que otros han decidido llevar como defensa. Sentada en la sal de mi casa, con la botella de vodka abierta, todo vuelve a mi memoria,

¿sabes? Recordé a mi mamá y la cantaleta que a diario le profesaba a mi papá, por dinero, siempre por dinero," "mire, Aurelio, que el niño necesita zapatos nuevos..." "mire que la niña quiere su vestido de quince." Él era un hombre de increíble desparpajo, parecía no preocuparle mucho el tema monetario, pero ante los constantes reclamos de mi madre, mi padre también le cantaleteaba, tal vez para provocarla y que ella supiera de su molestia, "si trabajo tanto, ¿por qué es que el dinero porque le doy no alcanza?" y así pasaban horas entre lágrimas y gritos. Finalmente, tomó la decisión de endeudarse, para cubrir gastos y dejar a mi madre sin argumentos, eso funcionó al principio, la cantaleta pareció desaparecer, pero, con todo el salario que ganaba mi papá y el esfuerzo que hacía, no era suficiente para cubrir las cuotas del banco, la deuda se hizo impagable, pero papá nunca comentó nada, más bien comenzó a refugiarse en el alcohol y un día conduciendo y discutiendo con mi madre, sufrió un accidente terrible y falleció. No volví a ver a mi madre de la misma forma, me había prometido que no sería como ella y eso me había funcionado bien hasta que te conocí a ti. Al principio todo iba bien, nos casamos y todo cambió, tus constantes llegadas tarde, mi desproporcionado mal humor, después empezaron los viajes prolongados, y algunas llamadas extrañas preguntando por ti, ese fue el escenario perfecto para sembrar en mí, la desconfianza y los celos, no pasaron cinco años de matrimonio, cuando las continuas peleas, los constantes reproches, la gritería y la cantaleta frecuente terminaron por hacer inviable la relación. ¡Ah! si tuviera la posibilidad de volver el tiempo atrás, ¿haría todo diferente? pero, mi amado Jorge, el hubiera, siempre termina siendo abstracto. Me sirvo un trago de vodka y me recuesto en mi sofá, casi logro conciliar el sueño, pero una gritería me despertó, yo, ahora tengo la mordaza del silencio, mientras oigo a mi vecina, con la Cantaleta que siempre le da a su ex pareja, "usted, bueno para nada, como raro, trayéndome tarde el niño." Él baja las escaleras furioso y cierra la puerta estruendosamente. Cierro los ojos de nuevo, sí, música para mis oídos y la historia que se repite, cantaleta y mordaza como complemento.